

nión, están cegados por la emoción y el respeto. Pero Bernanos también pudo callarse. ¿Por qué tal encarnizamiento? Ha llegado el momento de preguntarse si ambos exilados no tenían nada en común.

Ciertamente, Bernanos era francés y Zweig, austriaco. Bernanos era católico, Zweig era judío. Bernanos creía en la guerra y se comprometía con ella, Zweig se quiso pacifista y siguió siéndolo hasta el final. Bernanos creía en Dios; Zweig, en el progreso del espíritu humano. Bernanos era monárquico; Zweig, demócrata. Bernanos era pobre, Zweig era rico. Bernanos era padre de familia; Zweig, padrastro. El primero, novelista y panfletario; el segundo, ensayista y biógrafo. Ciertamente, pero...

La aguda tentación de la desesperanza es la constante realidad de sus vidas. En 1930 Zweig se angustia pensando en el porvenir de su obra, sintiendo que jamás será un gran creador, en tanto su cincuentenario es festejado por toda la prensa europea. Por la misma época, Bernanos padece similares crisis nerviosas, los primeros síntomas de un mal único, el sentimiento de estar solo en lo verdadero, de no ser entendido por quienes él espera que lo entiendan, el dolor de comprender demasiado pronto el mal de un siglo extraviado fuera de la espiritualidad. Su lugar en el mundo, su vida ante los propios ojos, es la común tortura de estos dos seres. Cada cual resiste a su manera. Bernanos está mejor pertrechado. Los problemas de dinero, la excitación de las disputas, la inestabilidad de su vida, despiertan en él una pérdida vivacidad. Sometido a constantes presiones, se siente obligado de hacerles frente para sobrevivir. Zweig, por el contrario, conoce una total tranquilidad económica, recibe unánimes alabanzas, posee una enorme casa, no pelea, se esfuerza por ilustrar sus aspiraciones en el estudio del pasado de los hombres y por insuflar a su época un más agudizado sentido de lo humano. No obstante, su inteligencia se rebela contra el decurso de tal vida y su alma pide ser violentada por la borrasca. Este camino uniforme lo angustia. Quiere que algo se mueva. Un demonio lo asalta: cuando no desea morir, quiere aventurarse en algo que acelere su pulso. Estamos en 1930: no tardará en ver cumplida su peligrosa inclinación. El hombre que, sin vacilar, escribe en 1934 que debe a Hitler haber hallado la fuerza de empezar una nueva vida sobre bases más dinámicas y más cargadas de imprevistos, no sabe todavía lo que le espera. Y el otro hombre, que pelea con Maurras en revistas minoritarias, que se entusiasma por la inquisición franquista en sus comienzos como portadora de la gloria cristiana, no conoce aún los crímenes que se cometen en su nombre. Ni siquiera en sus pesadillas considera que Francia pueda alguna vez doblegarse ante Hitler. Sólo en 1937 los dos comprenderán, antes que los demás, que la guerra europea es inevitable. Hasta entonces y por distintos motivos ¿no han vivido equivocados?

Pero en tanto Bernanos desarrollará su pensamiento a lo largo de la guerra y se comprometerá por escrito, Zweig se aferrará a su ideal humanista y humanitario, negándose hasta el final a reconocer que sus aspiraciones sociales y democráticas estaban condenadas al fracaso. En este sentido, a los ojos de los hombres actuales, parece que las esperanzas de Zweig nunca se corporizaron, en tanto que las intuiciones de Bernanos, que rechazaba con el mismo ímpetu indignado las democracias modernas y los totalitarismos, y anunciaba la quiebra de la moral capitalista, parecen cada día más convincentes. Lo que asemeja a los dos hombres es su preocupación por la dignidad humana, por su verdadera libertad, la libertad de conciencia. Sin creencia religiosa, Zweig ve en el bienestar, en las modernas posibilidades de desplazamiento e intercambio entre los hombres, el germen de una humanidad más fraterna. La eternidad del reino de Dios le es inaccesible, sólo puede creer en una curva ascendente de la civilización. Pero Bernanos, fuerte en su fe, sólo ve que un materialismo creciente invade las almas y envenena los espíritus. Así es como Bernanos pretende ser la voz de un pueblo que no sabe expresarse, en tanto Zweig cree en la influencia ejemplar de las minorías selectas sobre las masas. Una misma sincera generosidad los anima. Dirigiéndose al mundo, a los otros, Zweig y Bernanos decían lo que pensaban. Pero cuando no pensaban en el mundo y en los otros ¿qué decían? Escuchaban.

A lo largo de su vida de europeos escucharon los tenues llamados del Demonio en los momentos de ansiosa indecisión. Ambos se sentían poseídos por una fuerza incalificable, una suerte de caos original incontrolable. Los dos huyen ante las dificultades y los desplazamientos que calman a ese demonio interior, aceptando con empeño cualquier actividad. En esto, Zweig es aún más frágil que Bernanos. Si escapa al Demonio es porque se le adelanta voluntariamente, viajando sin cesar, imponiéndose duros horarios de trabajo y proyectos numerosos, en tanto Bernanos sostiene a su familia, responde a los ataques, se muda de casa.

Por ese combate interior, los años brasileños de Bernanos y Zweig resultan ejemplares. Poco importan las circunstancias de su elección. Ambos fueron a instalarse en el Brasil, país con dimensiones de continente por la variedad de sus habitantes, sus climas y sus recursos, un mundo en sí mismo. En resumen: un mundo en que los hombres y las mujeres parecen respirar al entregarse a sus trabajos divididos entre dos sueños de inmensidad: por un lado la selva amazónica siempre a punto de ser conquistada, por el otro «el mar que siempre recomienza». Para Zweig desde su primera estancia, para Bernanos mucho antes de partir, el Nuevo Mundo es la Tierra Prometida, el lugar de la reconquista de sí mismo, de una resurrección.

País mayormente pobre y, en consecuencia, rico de espiritualidad, piensa Bernanos, para quien la pobreza es la prenda de una parte del cielo. País pobre cuya riqueza se manifiesta en la vitalidad y la alegría de los caracteres, piensa Zweig, quien ha sufrido todas las humillaciones administrativas del exilio. En el Brasil, Zweig contemplará una vida, por otra parte, imposible para él, un marco hermoso dentro del cual morir, y Bernanos, después de que hubieran fracasado sus intentos de ser ganadero, una plataforma para afrontar la historia del mundo y también una escenografía. El campesino brasileño, «perfecto cristiano», es para Bernanos una abstracción generosa, el brasileño depositario del alma francesa en lo que tiene de universal, una estilización artística. Del mismo modo, la epopeya pionera que Zweig concede a cada brasileño, su consciencia de ser el porvenir del mundo. El sentimiento nacional brasileño es un fenómeno más tardío, y el Brasil, que es todo un mundo, ofrece la misma diversidad que el mundo. Reducirlo a un carácter único era para ambos escritores una fácil tentación. Pero los lectores cultivados se alegraron de ella, como si una bendición llegada de lejos los reuniera y les otorgara un nuevo valor. Zweig no tuvo tiempo de aprender el portugués y Bernanos se limitaba a leerlo. Sus amigos en el Brasil hablaban francés o alemán. Zweig y Bernanos sólo frecuentaban a la alta sociedad, muy europeizada. Las costumbres de la vieja Europa sobrevivían mejor en el Nuevo Mundo. Esa mezcla de refinamientos desaparecidos y de completa novedad hacía al Brasil querible para los dos escritores. Ciertamente, Zweig es vienés y sabe ser mundano. Bernanos detesta el ambiente mundano. Pero ambos tienen los mismos interlocutores: ministros, embajadores, académicos, escritores, periodistas. Zweig, a ratos maravillado, curioso o deprimido, habrá vivido, en total, un año en el Brasil. Bernanos pasa en este país una parte importante de su vida. Durante cinco años es propietario en Cruz de las Almas. Es la segunda etapa de una existencia que acaba a los sesenta años, como la de Zweig. Se podrá decir, paradójicamente, que Bernanos nunca vivió mejor que en esos años de guerra, sin correr el riesgo de encontrarse con la multitud de los hipócritas que lo acusaron de esquivar las dificultades. Así como Zweig buscaba una tierra donde renacer, Bernanos estaba predestinado a la partida hacia lejanos horizontes, dentro de la cristiandad. Como si el drama de Europa hubiera acelerado el movimiento de su destino común. Quien se dedique a seguir la deriva de ambos puede, en efecto, hablar de un destino común. La tentación de la desesperanza los reúne en el atroz sentimiento de la soledad que los aprieta, a pesar de todos sus amigos. Ante la suerte del viejo mundo al cual se halla ligado su espíritu, la soledad también los asemeja. Salidos de la misma cultura occidental, llamada judeocristiana,

uno sigue su camino confrontándose con la realidad y buscando a Dios, y el otro se libra al ideal y trata de encontrar el camino de la eternidad. La distancia que los separa es una cuestión de perspectiva.

Bernanos era visceralmente antisemita. Zweig amaba a Francia y le consagró una gran parte de su obra. Bernanos no escuchaba a los demás y soportaba mal la contradicción. Fue Zweig quien lo visitó en Barbacena. Zweig admiraba el exotismo brasileño y los rostros sonrientes, pero Bernanos reconoce en las gentes un alma más profunda y no solamente un designio grandioso. Zweig se niega a pedir a Norteamérica que entre en la guerra y Bernanos, que no es especialmente democrático, apoya a los Aliados en su esfuerzo bélico y alienta a la Resistencia francesa. Uno se debilita al perder sus ilusiones, el otro se refuerza a crearse otras nuevas. He allí su fundamental diferencia.

Más de medio siglo ha pasado y algunos brasileños y también otros sudamericanos recuerdan todavía a Zweig y a Bernanos, en tanto la Europa que los vio nacer está lejos de ellos. Zweig murió agradecido al Brasil: «No habría anhelado vivir en otra parte». Tres meses antes de su muerte, en 1948, Bernanos escribe desde Túnez: «Dios guarde al Brasil y haga que yo vuelva a verlo».

Bernanos, cantor de la Francia campesina, era una encarnación del Judío Errante. Zweig, el cosmopolita siempre de viaje, estaba desgarrado entre la pérdida de Austria y la incapacidad de sobrevivir a su derrota. Por todas las razones que hemos evocado, quizás el Brasil verá renacer a Zweig y a Bernanos, que le dieron lo mejor de sus almas dolientes.

¿Se tocan las paralelas en la eternidad? Estos dos hombres enfrentados, prisioneros del ornato intelectual que se habían hecho, no consiguieron intercambiar una misma queja, la del hombre que se pregunta por el sentido de la vida, en tanto el mundo al que pertenecen se borra entre el estruendo de la guerra. El combate con el demonio de la angustia acaba de modo distinto para cada uno de ellos, aunque en el mismo solitario distanciamiento.

Bernanos y Zweig, la esperanza siempre recobrada y la tentación de la desesperanza, se vuelven a encontrar en el Nuevo Mundo como en cualquier hombre.

*Traducción: Blas Matamoro*